

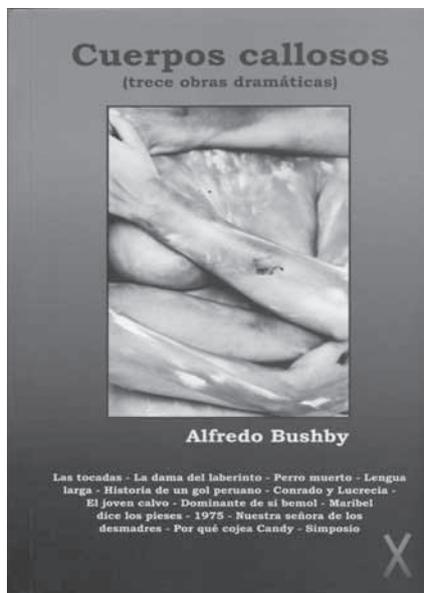
Cuerpos callosos

ROMINA GATTI

El teatro reunido en *Cuerpos callosos* (Trece obras dramáticas) de Alfredo Bushby (Lima, 1963) plantea que la salvación personal depende de un adecuado ejercicio de interpretación del mundo. Abanderado de la posmodernidad, Bushby crea desde la premisa de que vivir es leer un texto dictado desde el dominio, texto que puede ser corregido e incluso reemplazado si el dominador es derrocado.

Esta hipótesis se desarrolla en las trece piezas que incluye el volumen, al introducirnos en el universo de individuos anclados en una realidad de claustrofobia espiritual o física de la cual lograrán salir si (y solo si) consiguen imponer su propia perspectiva. No pueden evadirse, pues el discurso dominante les pesa dramáticamente: coarta su libertad al disminuir su injerencia en su entorno, a la vez que los somete a un carrusel de emociones de repulsión y deseo, angustia y éxtasis, extremos que suelen traducirse en un erotismo más o menos velado. Los tiempos del drama son marcados, en síntesis, por los avances y retrocesos en la búsqueda de la palabra que los libere.

Es posible agrupar la mayoría de las obras en dos categorías más allá del criterio cronológico, dependiendo de la forma en que Bushby metaforiza el hecho de que la realidad es discurso, y de que el discurso dominante asfixia al individuo. Sánchez Piérola identifica que en la primera —conformada por “Las tocadas”, “Conrado y Lucrecia”, “El joven calvo”, “Maribel dice los pieses” y “Simposio”— la dolorosa búsqueda de una estrategia para triunfar, sobre la versión impuesta, se desarrolla, en casi todas, en una sola escena. Un pequeño grupo de personas se halla confinado en un espacio reducido, inmovilizados mientras buscan una respuesta a la interrogante que los atormenta: ¿cómo me libro de usted y de las circunstancias que me ha impuesto? “Usted” es un Otro que se muestra despiadado y arbitrario hasta el absurdo, un carcelero que no informa de las razones del encarcelamiento, un amante cuya traición abrumba, un compañero de trabajo que se reserva el secreto de su locura, un jefe que exige un guión imposible, entidades míticas que reclaman la estricta observancia de un ritual para permitir el paso a otra vida. Sea como fuere, los personajes sacrifican su atención y su tiempo con la esperanza de encontrar una fórmula mágica que los libere. En algunas piezas —casi pesadillas de corte kafkiano— no tienen ninguna



Cuerpos callosos (Trece obras dramáticas)

Alfredo Bushby
Santo Oficio
Lima, 2013
524 páginas

pista que les permita escapar, por lo que deben trabajar sobre el vacío. Entonces, dialogan obsesivamente persiguiendo una clave que una y otra vez se les escapa. Su conversación se llena de códigos, juegos, circularidades, ritualidad. Son cuerpos encallecidos en el ejercicio de adivinar al otro, indagaciones que no carecen, aunque parezca difícil de imaginar, de humor. El aislamiento sirve como un laboratorio en el que Bushby retrata las contradicciones en las que cae el que se halla profundamente sometido.

La dominación adquiere un nuevo y más complejo carácter en las que Sánchez Piérola denomina con justicia las “obras maestras” del autor: “La dama del laberinto”, “Perro muerto”, la ya canónica “Historia de un gol peruano”, “Dominante de sí bemo”, “1975” y “Nuestra señora de los desmadres”. En ellas, la complejidad de la técnica —alternancia de verso y prosa, ruptura de la linealidad para hacer coexistir el pasado con el presente, actores que representan varios personajes o hacen de las múltiples voces que articulan una sola conciencia, entre otros recursos— permite dar cuenta de una dominación que ya no es la ejercida sobre un individuo al que se

enajena del mundo en circunstancias de corte fantástico. Desaparece la figura que ejerce una tiranía evidente. En su lugar, en un contexto que coincide con el nacional en varios aspectos, el protagonista encuentra una incongruencia que lo obsesiona. Es su carácter —un entusiasmo doloroso que en ocasiones linda con la locura— el que lo lleva a escarbar en la superficie hasta develar una verdad oculta que le exige reconfigurar su percepción de las cosas.

Más allá de la maestría de la técnica y de la riqueza del argumento, es posible que la popularidad de algunas de estas obras se deba a que sus personajes se enredan y se resuelven en iconos y rituales típicos de la identidad nacional. El fútbol, la música chicha, las jóvenes canonizadas por el pueblo, las baladas románticas, las casonas encantadas, lo que alimenta el imaginario peruano se vuelve eje del conflicto del héroe, cuyo bienestar depende de resolver el enigma oculto en la exuberancia de los personajes y las situaciones en las que se ve envuelto. Los protagonistas buscan una salida con una pasión con la que es difícil no sentir empatía, convencidos de la sacralidad de lo que los motiva.

Tenemos al niño que en “Historia de un gol peruano” está dispuesto a sacrificar su vida para que la selección nacional clasifique al mundial, porque, a su entender, Dios estaría dispuesto a intercambiar que él se haga atropellar con tal que Perú empatie con Argentina. Está el hombre que, en “Nuestra señora de los desmadres”, investiga con fruición el culto generado alrededor de una cantante que se elevó a los cielos en un concierto de música chicha. Se otorga trascendencia a fenómenos que el discurso cultural hegemónico suele negarles.

En suma, *Cuerpos callosos* pone bajo la lupa al individuo sumido en una trampa que en ocasiones toma la forma de una habitación cerrada en la que pelean y confraternizan gentes dicotómicas. La llave para salir es la palabra. En otras —a mi parecer, las más sugerentes—, la sociedad es la cárcel. Para librarse, el héroe tiene que tirar por los suelos mitos sobre los cuales ha configurado su visión del mundo: las cantantes no suben al cielo, las casas no están encantadas, los cantautores pueden violar a sus musas. El héroe no ha tomado conciencia —y ahora la tiene, y con él, el espectador— de que el discurso más inverosímil puede dominarlo. No le queda más que rebatirlo e imponer el suyo.